

TIEMPO PASCUAL**ASCENSIÓN****13 de mayo****INVOCAMOS LA LUZ Y LA FUERZA DEL ESPÍRITU SANTO:****PARTIR DEL TEXTO DE LA VIDA**

Del domingo pasado: Jesús nos ama y es nuestro amigo, una realidad que da una sabor distinto a la vida; ¿Qué consecuencias concretas ha tenido para nosotros ésta Buena Noticia?

LECTURA:**Mc 16, 15-20***¡Habla, Señor, que tu pueblo escucha!***REALIZAMOS EL ECO:****REFLEXIONAMOS**

Al Evangelio original de Marcos se le añadió en algún momento un apéndice donde se recoge este mandato final de Jesús: Vayan al mundo entero y proclamen el Evangelio a toda la creación. El Evangelio no ha de quedar en el interior del pequeño grupo de sus discípulos. Han de salir y desplazarse para alcanzar el mundo. Y llevar la Buena Noticia a todas las gentes, a toda la creación.

Sin duda, estas palabras eran escuchadas con entusiasmo cuando los cristianos estaban en plena expansión y sus comunidades se multiplicaban por todo el imperio romano, pero, como escucharlas hoy cuando nos vemos impotentes para retener a quienes abandonan nuestras Iglesias porque no sienten ya necesidad de nuestra religión?

Lo primero es vivir desde la confianza absoluta en la acción de Dios. Nos lo ha enseñado Jesús. Dios sigue trabajando con amor infinito, el corazón y la conciencia de todos sus hijos e hijas, aunque nosotros lo consideremos ovejas perdidas. Dios no está bloqueado por ninguna Crisis.

No está esperando a que desde la Iglesia pongamos en marcha nuestros planes de restauración o nuestros proyectos de innovación. El sigue actuando en la Iglesia y fuera de la Iglesia. Nadie vive abandonado por Dios, aunque no haya oído nunca hablar del Evangelio de Jesús.

Pero todo esto no nos dispensa de nuestra responsabilidad. Hemos de empezar a hacernos nuevas preguntas: ¿por qué caminos anda buscando Dios a los hombres y mujeres de la cultura moderna? ¿cómo quiere hacer presente al hombre y a la mujer de nuestros la buena noticia de Jesús?

Hemos de preguntarnos algo más: ¿qué llamada nos está haciendo Dios para transformar nuestra forma tradicional de pensar, expresar, celebrar y encarnar la fe cristiana de manera que propiciemos la acción de Dios en el interior de la cultura moderna? ¿no corremos el riesgo de convertirnos con nuestra inercia e inmovilismo, en freno u obstáculo cultural para que el evangelio se encarne en la sociedad contemporánea?

Nadie sabe cómo será la fe cristiana en el mundo nuevo que está emergiendo, pero difícilmente será clonación del pasado. El evangelio tiene fuerza para augurar un cristianismo nuevo.

Hacia el año 9 a. C. los pueblos de la provincia romana de Asia tomaron la decisión de cambiar el calendario. En adelante la historia de la humanidad no se contaría a partir de la fundación de Roma, sino a partir del nacimiento de agosto. La razón era de peso. El había sido buena noticia (euangelion) para todos, pues había traído la paz introduciendo en el mundo un orden nuevo. Augusto era el gran bienhechor y salvador.

Los cristianos comenzaron a proclamar un mensaje muy diferente la buena noticia no es agosto sino Jesús. Por eso el evangelista Marcos tituló así su evangelio: buena noticia de Jesús el Mesías hijo de Dios. Y por eso en su evangelio, el mandato final del resucitado es éste: vayan al mundo entero y proclamen la buena noticia a toda la creación. La buena noticia es algo que en medio de tantas experiencias malas trae a la gente una esperanza nueva. Las buenas noticias aportan luz, despiertan la alegría, dan un sentido nuevo a todo, animan a vivir de manera más abierta y fraterna. Todo esto y más en Jesús pero, ¿Cómo proclamarlo hoy como buena noticia?

Podemos explicar doctrinas sublimes acerca de Jesús: en él está la salvación de la humanidad, la redención del mundo, la liberación definitiva de nuestra esclavitud, la divinización del ser humano. Todo esto es cierto, pero no

basta. No es lo mismo exponer verdades cuyo contenido es teóricamente bueno para el mundo que hacer que la gente pueda experimentar a Jesús como algo nuevo y bueno en su propia vida.

No es difícil entender porqué la gente de Galilea siente a Jesús como buena noticia. Lo que él dice les hace bien: les quita el miedo a Dios, les hace sentir su misericordia, les ayuda a vivir comprendidos y perdonados por él. Su manera de ser es algo bueno para todos: es compasivo y cercano, acoge a los más olvidados, abraza a los más pequeños, bendice a los enfermos, se fija en los últimos. Toda su actuación introduce en la vida de las personas algo bueno: salud, perdón, verdad, fuerza interior, esperanza. ¡Es una suerte encontrarse con él!

La Iglesia tiene ya veinte siglos. Atrás quedan 2000 años de fidelidad y también de no pocas infidelidades. El futuro parece sombrío. Se habla de signos de decadencia en su seno: cansancio, envejecimiento, falta de audacia, resignación. Crece el deseo de algo nuevo y diferente, pero también la impotencia para generar una verdadera renovación.

El evangelista Mateo culmina su escrito poniendo en labios de Jesús una promesa destinada a alimentar para siempre la fe de sus seguidores: yo estaré con vosotros todos los días hasta el fin del mundo. Jesús seguirá vivo en medio del mundo. Su movimiento no se extinguirá. Siempre habrá creyentes que actualicen su vida y su mensaje. Marcos nos dice que, después de la ascensión de Jesús, los apóstoles proclamaban el evangelio por todas partes y el Señor actuaba con ellos.

Esta fe nos lleva a confiar también hoy en la Iglesia con retrasos y resistencias tal vez, con errores y debilidades, siempre buscará ser fiel al evangelio. Nos lleva también a confiar en el mundo y en el ser humano: por caminos no siempre claros ni fáciles el reino de Dios seguirá creciendo.

Hoy hay mas hambre y violencia en el mundo, pero hay también más conciencia para hacerlo más humano. Hay muchos que no creen en religión alguna, pero creen en una vida más justa y digna de todos, que es en definitiva el gran deseo de Dios.

Esta confianza puede darle un tono diferente a nuestra manera de mirar el mundo y el futuro de la Iglesia. Nos puede ayudar a vivir con paciencia y paz, sin caer en el fatalismo y sin desesperar del evangelio. Hemos de sanear nuestras vidas eliminando aquello que nos vacía de esperanza. Cuando nos dejamos dominar por desencanto, el pesimismo o la resignación, nos incapacitamos para transformar la vida y renovar la Iglesia. Marcuse decía que la esperanza solo se la merece los que caminan. Yo diría que la esperanza cristiana solo la conocen los que caminan tras los pasos de Jesús. Son ellos quienes pueden proclamar el evangelio a toda la creación.

Según el magnífico estudio, la esperanza olvidada del pensador francés Ellul, uno de los rasgos que mejor caracterizan al hombre moderno es la perdida de horizonte. El hombre actual parece vivir en un mundo cerrado, sin proyección ni futuro, sin apertura ni horizonte.

Nunca los seres humanos habíamos logrado un nivel tan elevado de bienestar, libertad, cultura, larga vida, tiempo libre, comunicaciones, intercambios, posibilidades de disfrutar y diversión. Y sin embargo, son pocos los que piensan que nos estamos acercando al paraíso en la tierra.

Han pasado los tiempos en que grandes sectores de la humanidad vivían ilusionados por construir un futuro mejor. Los hombres parecen cansados. No encuentran motivos para luchar por una sociedad mejor y se defienden como pueden del desencanto y la desesperanza.

Son cada vez menos los que creen realmente en las promesas y soluciones de los partidos políticos. Un sentimiento de impotencia y desengaño parece atravesar el alma de las sociedades occidentales. Las nuevas generaciones están aprendiendo a vivir sin futuro, actuar sin proyecto, organizarse solo el presente. Y cada vez son más los que viven sin un mañana. Hay que vivir el momento presente intensamente. No hay mañana. Unos corren al trabajo y se precipitan en una actividad intensa y deshumanizadora.

Otros se refugian en las compras y adquisición de cosas siempre nuevas. Muchos se distraen con sus programas preferidos de televisión. Pero son pocos los que al salir de ese cerco, aciertan a abrir un futuro de esperanza a su vida. Y, sin embargo, el ser humano no puede vivir sin esperanza. Como dice Clemente de Alejandría, somos viajeros que siguen buscando algo que todavía no poseemos. Nuestra vida es siempre expectación. Y cuando la esperanza se apaga en nosotros. Nos detenemos, ya no crecemos, nos empobrecemos, nos destruimos. Sin esperanza dejamos de ser humanos.

Solo quien tiene fe en un futuro mejor puede vivir intensamente el presente. Solo quien conoce el destino camina con firmeza a pesar de los obstáculos. Quizás sea este el mensaje mas importante del relato de la ascensión para una sociedad como la nuestra.

Para quien no espera nada al final, los logros, los gozos, los éxitos de la vida son tristes porque se acaban. Para quien cree que esta vida está secretamente abierta a la vida definitiva, los logros, los trabajos, los sufrimientos y gozos, son anhelos y anuncios, búsqueda del felicidad final.

El cielo no se puede describir, pero lo podemos degustar. No lo podemos alcanzar con nuestra mente, pero es difícil no desearlo. Si hablamos del cielo no es para satisfacer nuestra curiosidad, sino para reavivar nuestro deseo y nuestra atracción por Dios. Si lo recordamos es para no olvidar el anhelo último que llevamos en el corazón.

Ir al cielo no es llegar a un lugar, sino entrar para siempre en el misterio del amor de Dios. Por fin, Dios ya no será alguien oculto e inaccesible. Y aunque nos parezca increíble, podemos conocer, tocar, gustar y disfrutar de su ser más íntimo, de su verdad más honda, de su bondad y belleza infinita. Dios enamorará para siempre.

Esta comunión con Dios no será una experiencia individual, Jesús resucitado nos acompañará. Nadie va al Padre si no es por medio de Cristo. En él habita toda la plenitud de la divinidad corporalmente. Solo conociendo y disfrutando del misterio encerrado en Cristo, penetraremos en el misterio insondable de Dios. Cristo será nuestro cielo. Viéndole a él veremos a Dios.

No será Cristo el único mediador de nuestra felicidad eterna. Encendidos por el amor de Dios, cada uno de nosotros nos convertiremos a nuestra manera en cielo para los demás. Desde nuestra limitación y finitud tocaremos el misterio infinito de Dios saboreándolo en sus creaturas. Gozaremos de su amor insondable gustándolo en el amor humano. El gozo de Dios se nos regalará encarnado en el placer humano.

Se trata de sugerir esta experiencia indescriptible: sentiremos el calor, experimentaremos el esplendor, la vitalidad, la riqueza desbordante de las personas que hoy amamos, con la que disfrutamos y por las que agradecemos a Dios. Todo su ser, la hondura de su alma, la grandeza de su corazón, la creatividad, la amplitud, la excitación de su reacción amorosa nos serán regalados.

Qué plenitud alcanzará en Dios la ternura, la comunión y el gozo del amor y de la amistad que hemos conocido aquí. Con qué intensidad nos amaremos entonces quienes nos amamos ya tanto en la tierra. Pocas experiencias nos permiten degustar mejor el destino último al que somos atraídos por Dios.

ORACIÓN COMUNITARIA:

ACTUAMOS: **PROPÓSITO DE ESTE ENCUENTRO:** personal y comunitario